

R. S. C.

POR

RAÚL SILVA CASTRO

**Santiago de Chile
IMPRESA UNIVERSITARIA
1935**

R. S. C.

AAT 2815

R. S. C.

POR

RAÚL SILVA CASTRO

35527

Santiago de Chile
IMPRESA UNIVERSITARIA
1935

DEDICATORIA

En esta página, en este sitio, debería leerse el nombre de una persona que me es querida. Me inspiró algunas de las observaciones que forman este libro y me ha alentado a publicarlo. Sin embargo, no podría osar ponerlo en una obra que por desdicha para mí está destinada a la circulación. Si algún día pasa sus ojos por aquí, deténgase y considere que cumplí mi promesa y que le guardo una relativa fidelidad.

I want a hero...

LORD BYRON.

Cuando un hombre, que durante años permaneciera curvado sobre los libros ajenos, tratando de servir de intermediario a autores y lectores, empeñado en arrancar a las mudas palabras su secreto y en despojar a las voces gárrulas de su penacho inútil, cuando ese hombre, digo, quiere escribir un libro de tono subjetivo, parece oportuno recordar el "anch'io sono pittore". No es sin embargo un deseo de emulación el que me impulsa. Obedezco a una necesidad más profunda. Mientras estuve leyendo con ánimo fiel los libros que salen diariamente y dando noticias de ellos en mis gacetillas y crónicas literarias, fuí haciendo, para mí, algunas observaciones generales. En mis artículos puse, por lo común, las particulares, concretadas a un autor, a veces sólo a un libro. Quedaba un remanente. Iba a llegar un momento en que bajo una cubierta de papel se hinchara una masa de notas y de recortes, que parecería un libro en gestación. ¿Por qué no darle forma? Si antes, dominado por el deseo de servir de puente entre planos que no

se conocen, aspiré a ser objetivo, hoy quiero ser subjetivo. He debido revisar mi concepto del mundo y de los hombres, interrogarme a mí mismo en horas de soledad o de solitaria compañía. Así se formó lentamente este manojito de pliegos, en los cuales se verá más de una vez el delirio de la pasión. Sé bien que no hay serenidad en él; me lamento de que a veces sus páginas hayan nacido sobradamente serenas. Debí ser más audaz y debí haber dicho con voz más recia todo lo que pasaba por mis ojos. No creo haberlo conseguido sino en pequeña parte. La vida a menudo impide vivir plenamente.

El novelista — ¿por qué no? — quiere evocar todas las casas en que ha vivido, llevar al lector por los meandros de sus recuerdos, hacerle sentir la misma nostalgia que él siente, y pronto ha de darse cuenta de su fracaso. Una sensación elemental, acaso de baja categoría estética, basta para desatar en su alma una oscura y silenciosa cascada de pensamientos. Las palabras con que habrá de traducir esa sensación causan en su lector un deleite mucho menos intenso y no le ocasionan ninguna conmoción especial, a no ser que haya entre los recuerdos del novelista y del leyente una similitud peculiarísima, lo que, como se comprenderá, fuera de no ser habitual, el novelista no tiene por qué esperar. Para el novelista, por ejemplo, una galería de cristales que se abre sobre un parrón, simboliza la casa en que vivió los años de sus primeros recuerdos; si bajo ese parrón una de sus tías abuelas hierve agua en un gran tiesto para una misteriosa operación que se efectúa a puertas cerradas, lejos de la intrusión del niño, es que ha nacido una de sus hermanas;

si frente a la casa, una noche, arde un edificio y las llamas quieren abrasar el cielo, las luces que enrojecen la escena consiguen precisar mejor el ambiente de esos días: tras el incendio le acude el recuerdo del amigo loco que había descubierto la máquina del movimiento perpetuo, quien le explicó su proyecto frente a ese mismo edificio quemado luego, y por eso al evocar a uno evoca necesariamente al otro y entre las dos imágenes se forma un lazo indestructible.

Supongamos que yo intento ser ese novelista, que ha echado la caña de pescar imágenes en la zona de sus remembranzas más lejanas. A la galería de cristales con un parrón al fondo haré seguir otro ambiente, más sórdido acaso, en que también vivió mi infancia. Había en esa casa un zaguán frío, no defendido del viento por ninguna puerta, y mientras a uno de sus extremos se abría el tenebroso patio de la niñez, que parece comunicar humedad a nuestros recuerdos, en el otro estaba un medidor de gas donde era preciso echar una moneda cada cierto tiempo para que la luz, vencida por el sueño, no se extinguiese como nuestras charlas de sobremesa y nuestra atención de niños. Debe haber ocurrido en esos días un temblor que nos sorprendió cuando la familia comía. Nos levantamos presurosos, y el comedor quedó solo, con los

platos servidos, mientras la tierra estremecida se calmaba más rápidamente que la palpitation de nuestros corazones. Vagas imágenes me vienen de esa casa, y todas ellas contagiadas de su humedad y de su frío. En las habitaciones debe haber habido siempre un poco de sombra, y el parrón que también allí se alzaba, arroja a veces una penumbra dorada, muy leve, sobre el perfil romano de mi madre. Eso es todo.

Luego mis memorias se aclaran, y entonces vivo en una casa vinculada a mi primera etapa de colegial, a mi primera comunión y al primer cigarrillo que me mareó. De esta casa hay dos imágenes que conservo con fidelidad exquisita. Un tío mío aficionado a usar cuellos muy altos, que parecían envolver como en una hoja de hostia su largo cuello, acostumbraba ir todos los domingos a almorzar con nosotros, y llegaba a casa poco después de haber prendido un cigarro puro que fumaba con parsimonia, y que cuando pasábamos al comedor dejaba sobre un mueble elevado, a fin de que no se lo rompiesen los niños. Lo recupera luego de comer y termina de fumarlo con un placer traducido en la manera de entrecerrar los ojos. Otro tío, un primo de mi madre, hombre pálido y enfermizo, que parece marcado con los signos del desencanto y de la tristeza, afectado de

una leve cojera que con los años se le ha ido acentuando (1), iba muy de tarde en tarde a vernos. Un día que estuvo en esta tercera casa, al ver jugar a todos los hermanos que éramos entonces, creyó de su deber decir algo profundo que sonara bien a los oídos de los grandes, y exhaló:

—Que jueguen, pobrecitos; que jueguen ahora que son inocentes. ¡Cómo ~~no~~ lo haríamos nosotros, si pudiéramos!

También vivía en esta casa cuando una noche las aguas del río inundaron la ciudad, y nuestra calle se vió cubierta por una alta capa de barro. Al día siguiente, no sé para qué, salí yo también a chapotear en ese légamo, y me acompaña todavía el murmullo de mis zapatos en la oscura melcocha que llenaba la calzada.

De allí me transporto a un domicilio menos brillante, ubicado en barrio menos distinguido, en el cual, a modo de compensación, iba a dar con mis primeras inquietudes de amor y a encontrar la literatura como un trasto viejo que se enmohece en un sobrado. Desde el zaguán, muy amplio, me asalta todavía el perfume de la gran planta de jazmín del Cabo que mi abuela venía cultivando y que no

(1) Después he podido precisar que era demasiado moreno para ser un Lord Byron, pero para mi niñez lo fué.

sé por qué ahora no más cobra sentido para mí, y creo que sólo envuelto en ese perfume, en extraña simbiosis, viene a mi recuerdo la imagen de la tierna muchacha color de canela que excitó mis sentidos de adolescente y respondía con abrazos a mis abrazos, pero que se recogió tímida y como herida cada vez que quise besarla. También allí murió la menor de mis hermanas, y junto a su menudo cuerpo, encerrado ya en el féretro minúsculo, veo llorar abrazadas a mi madre y a una tía, que fué su madrina de pocos meses. Pero estas imágenes de duelo no permanecen en mi memoria, y se ven oscurecidas por otras. Las amistades de la vecindad — hasta ellas se ha ensanchado mi incipiente vida de relación— juegan con mis hermanos y conmigo en el amplio comedor de esta casa, donde una alacena y un mueble de complicada arquitectura guardan los dulces confeccionados a la entrada del invierno. Si no nos dan manzanas u otra fruta para acompañar nuestro pin-pin-sarabín, nos encumbramos hasta los rincones donde se alinean los potes y los moldes, y mientras palpita el corazón fuertemente y el oído se tiene alerta para que no nos sorprenda ninguno de los mayores, sacamos de su alvéolo el dulce de membrillo que habremos de devorar con una prisa que no permite casi el deleite.

De mi niñez recuerdo con claridad pocas cosas. Cuando fuí alumno del Instituto de Humanidades, se me preparó para hacer la primera comunión. La ceremonia se efectuó en la capilla del mismo Instituto. Durante muchos días un sacerdote nos instruyó acerca de la importancia del acto que íbamos a realizar. Coincidió la fecha con la de mi cumpleaños, día rumoroso, soleado, de comienzos del verano. Conservo de aquel entonces un retrato en que aparezco vestido de terciopelo, con cuello de encajes y una banda de seda en el brazo izquierdo. La fisonomía no es mística. Corresponde, por lo demás, exactamente a mis impresiones, ya que no a mis deseos, de entonces. El sacerdote que me preparó a la comunión había insistido mucho en el anonadamiento que siente el alma del hombre frente a la majestad divina. Nos dijo una vez y otra que el ser humano, empequeñecido por el concepto de su insignificancia, debía acercarse al tabernáculo en forma recogida y silenciosa, para no turbar con su paso torpe, con sus ademanes violentos, la sagrada pure-

za del altar. Logró hacerme esperar una hora de placidez y de abandono. No hay acaso recuerdo de ese tiempo que sea más claro para mí. La majestad de la primera comunión era tal a mis ojos, que de ella esperaba un cambio taumatúrgico. Creí que el propio día de esa comunión iría a tener un color distinto, una luz particular; que las voces iban a resonar en torno a mí de no habitual manera; que sólo pensamientos puros, desasidos de la tierra, iban a frecuentar mi imaginación, y que cuando llegara el oficiante a poner entre mis labios, sobre mi pecadora lengua, la sagrada forma, un golpe de gracia, el espaldarazo de una fe que no sentía, pero que esperaba, iba a visitarme; más todavía: se instalaría a vivir en mí para siempre. No creo haber opuesto ninguna resistencia a este género de impresiones; al revés, me parece haber sido el más humilde de los neófitos. Yo esperaba sinceramente que el acto fuese muy solemne y que tocaría mi alma. Me pareció por algunos días hallarme en vísperas de una grandiosa revelación. Hasta entonces no había sentido la presencia de Dios en parte alguna; pues bien, era ese día, el de mi primera comunión, el que — esperaba yo — iba a traerme la magnífica sorpresa de sentir que existía Dios. Se me dirá que estos son pensamientos exagerados. Tal vez; hoy lo

comprendo así. Júzguese sin embargo de mi estado de espíritu. Digo que yo no había sentido la presencia de Dios. El sacerdote que me preparó no cesaba, en tanto, de repetirme que Dios era una realidad, que Dios existía, y que a pesar de su grandeza y de su majestad, iba a condescender en llegar hasta mi pecho en el momento de la comunión, comoquiera que su presencia en la forma era real. No iba yo a recibir un simple fragmento de masa, un poco de pan de trigo sin levadura, sino que iba a recibir a Dios mismo, que se había hecho carne para redimir nuestros pecados. Oculté celosamente al sacerdote que me guiaba, lo mismo que a mis compañeros, la impresión que hasta entonces había tenido. Temí herir sentimientos respetables y sobre todo temí llamar la atención, impropiamente, sobre mí. Contaba además con redimirme de mis anteriores soberbias, de mis dudas y de mis negaciones, con el acto de gracia que me esperaba. Lo daba por hecho.

Pues bien, nada de esto ocurrió. Paso por alto los minúsculos detalles del arreglo de mis vestidos, el botón que es preciso reforzar porque está suelto, el peinado cuidadoso, el esmero que en mi casa se puso para que yo llevara las manos bien lavadas y para protegerlas, además, de los contactos sucios con guantes que ese mismo día se estrenaron. Pa-

so por alto también la visión del Instituto, lleno de niños que iban como yo a comulgar, unos por la primera vez—los compañeros de mi clase—, los otros comulgantes ya antiguos. Me traslado en cambio a la capilla, en la cual se nos tenían sitios reservados. Pisamos rojas alfombras, oímos perfumes de flores recién cortadas, aspiramos una vez más, inevitablemente, el místico olor del incienso, vimos los haces de luz que dejaban caer las ventanas, contemplamos a los sacerdotes revestidos con paramentos de fiesta. De rodillas frente al altar, gacha la cabeza, juntas las manos, yo me puse a anhelar la gracia que esperaba. La creí sentir rozarme la frente, con manos de seda, cuando el monago hacía sonar las campanillas. Me pareció que me iba a sorprender por la espalda, pisando blandamente en la alfombra, alguna vez que los olores, los sonidos, las luces se confundieron en mi cerebro en notas complejas de una orquestación sensual que en aquel tiempo, para mí, era espléndida. Estaba muy extrañado de que la gracia no hubiese consentido en llegarse hasta mi lado en el momento en que mi fila fué llamada al altar. Pacientemente esperé que acudiera mientras, arrodillado frente al tabernáculo, veía por el rabo del ojo al sacerdote que, con gestos litúrgicos ya consabidos, iba poniendo en las bocas de mis compañe-

ros las formas de la comunión. Se acercaba a mí, y yo carecía aún de la emoción mística, del supremo contacto que debió acudirme en ese momento, de la inundación de luz en que debía naufragar mi alma. Si hubiese sido yo un espíritu fuerte, un hombre valiente y decidido, debí haberme levantado para abandonar la capilla, y explicar a los que me interrogaran que no era digno de recibir la forma ya que mi espíritu seguía anhelando en vano el glorioso espaldarazo. No lo hice. El sacerdote se detuvo frente a mí, y depositó en mis labios una hostia bendita, pan de trigo sin levadura, leve disco blanco que se pegó en mi paladar y que fui pacientemente domando con la lengua y disolviendo en la humedad creciente de una boca que esperaba su desayuno. Seguí aguardando la gracia cuando me levanté del tabernáculo y volví, con paso de convaleciente, por seguir los consejos del sacerdote, hasta el sitio que me estaba señalado. Me pareció que ése era el momento más oportuno para ser distinguido con el dón divino. Replegado en mí mismo, la cabeza muy gacha, los ojos cerrados, las manos juntas, en tensión los músculos de la cara a fin de que no dejasen escapar una sonrisa inoportuna, creí que de pronto me iba a sentir en contacto con la divinidad que se me había prometido. Esperé como que iba

a dejar de oír el murmullo de los rezos, los latines del sacerdote que oficiaba, los campanilleos del acólito, y que del perfume que emanaban los inciensos y las flores iba a surgir, como un fuego fatuo, aquella mano increada que tocaría mi frente para imprimir en ella el carácter que la gracia reserva a sus elegidos. Nada de eso se produjo. Continué oyendo distintamente los murmullos y no me olvidé jamás de mi cuerpo. Como el día era caluroso, comencé a sentir que mis manos estaban ardientes, lo que me molestaba. El cuello del traje incrustaba sus bordaduras en mi mentón, y alguna vez una mosca poco oportuna vino a posarse en mi pelo, humedecido y perfumado.

Me resulta curioso anotar que mi desencanto fué advertido por mí desde ese momento. Había esperado de la comunión una efusión ternísima, una emoción más grande que todas las que hasta entonces me brindara la vida, y me sentía desamparado y como a ciegas sobre mi alma. Creía que mis compañeros habían recibido todos el golpe de la gracia y que sólo yo estaba condenado a arrastrar una no querida desventura. Cuando, poco más tarde, se nos hizo pasar en bandadas a las mesas del refectorio, donde nos esperaban jarras de opulento chocolate, fuí retirado y silencioso, porque me considera-

ba indigno y vil. La emoción que ese día debía reservarme, según las admoniciones de los sacerdotes y los consejos y advertencias de mis parientes, no alcanzó hasta mí. Me abrazaba mi madre, mi abuela echaba lentos lagrimones, y mis tías, risueñas, elogiaban mi traje y mi compostura y me mimaban, pero yo me sentía bastante despreciable. La comunión — es decir, la comunicación directa entre el ser perecedero y el Espíritu Inmortal— no se había producido. Todo era un simulacro que yo desempeñé con corrección, pero que no placía a mi alma.

Reviso viejas cuartillas de las cuales se exhala un marcado olor a tierra. Este olor añejo me pica la nariz, y estornudo. El papel está manchado por el sol, que lo atezó y le quitó firmeza. Siento que es fácil romper estas viejas hojas donde quise confinar mis ensueños. No cedo, sin embargo, a la tentación; no rompo los pliegos que voy extrayendo. Una ojeada me basta para ubicarlos en mi vida. Pertenecen a períodos altivos y humildes — todo a la vez — de mi mocedad. Son fragmentos en los que quiero ver reflejado mi espíritu de entonces, toscamente cristalizado. No consigo, a pesar de todo, reconstituir mi vida muerta. Sus voces se pierden faltas de raigambre entre recuerdos más nuevos. Confundo las fechas y cometo la indelicadeza de atribuir a mi juventud pensamientos viriles. Estos viejos papeles me recuerdan, sin embargo, mi encuentro con la literatura.

Es la primavera, según creo ver. Los corredores del Instituto Nacional se bañan en la luz de la mañana que el cielo sin nubes no tasa. El sol los asaetea y presta nobleza a

sus perfiles. Tablas gastadas, gradas polvorientas, columnas que se hinchan al peso del maderamen; cantan los pájaros en los árboles del patio; sueñan las flores pálidas en los arriates; hilos de agua rebotan delicadamente en la taza de una pila. Sobre todo brillan con verde petulante las plantas acuáticas sumergidas en el agua siempre temblorosa. De cuando en cuando el grito del queltehue atrae las miradas. El fiel cuidador del jardín ha sido extraído repentinamente de su contemplación meditabunda, y como un catedrático que monta en cólera, se hinchan de gula sus venas. Creo ver que se inyectan en sangre sus ojos: no, es una ilusión. Su pata en reposo cae al suelo y se fija junto a la otra. El ave mueve la cabeza a ambos lados, y de pronto hunde el pico en la tierra. Lo hunde con encarnizamiento, como un punzón heridor. Cuando el pájaro vuelve a su difícil postura, desde la cual ve pasar la marejada del mundo, deglute un sabroso vermes.

Del lado izquierdo la sala es sombría. El gimnasio, con su alto techo de zinc, se adosa a sus ventanas y vierte sobre ellas la penumbra de sus travesaños oblicuos. De tiempo en tiempo viene de allí una voz de mando, y luego resuenan en el pavimento de la sala de ejercicios, isócronas pisadas. Se trota, se corre, se marcha.

Yo, entre tanto, oculto como puedo en la superficie del pupitre, entre el borde delantero y los libros de texto, un cuaderno de hule negro. Nunca haré otra cosa que ocultar lo que hago en tiempo hurtado a más provechosas ocupaciones. El cuaderno está abierto. Una abortada intención de estudio me llevó alguna vez a llenar de ecuaciones una de sus páginas. Pero junto a las ecuaciones, en que letras y números bailan una zarabanda, se ve una hoja escrita y acaso otra y otra más. Las páginas negrean con la escritura de una mano que nunca se adaptó al lindo zapato chino de la caligrafía. Una y hasta dos muestran líneas más cortas, renglones que no cubren el ancho del papel. Deben ser versos; no pueden ser sino los versos de los catorce, de los quince años. Los inspira una mujer que provoca pasiones volcánicas. El enamorado que ha puesto en este cuaderno sus quejas de amor no es el único que la adora. Hay otro que se cuelga del brazo de esta mujer y a quien el niño mira con ojos no tan tristes como enconosos. Desde esa edad tan moza debe el enamorado contentarse con ver a las mujeres que ama junto a otros hombres y conformarse con evocarlas en una soledad timorata que no acepta guía.

Los versos no están solos. En otras páginas del cuaderno de negro hule se pavonea

un título sobre densas líneas de escritura. Bajo el título, entre paréntesis, se lee "Fantasía". ¿Qué rasgos tiene la fantasía de este adolescente? Nada se puede avanzar (1). El cuaderno se perdió un día entre libros de texto, y los escritos más próximos a él, en el tiempo, nada revelan de lo que contuvo. ¿Es éste en realidad mi encuentro con la literatura? Llego a pensar que no. ¿Cuándo comencé a leer libros literarios? Si dirijo la vista al pasado y recurro al archivo desordenado de la memoria, me hallo con un joven recostado sobre almohadas en una cama blanda y que devora un libro. Es el invierno y cae la tarde. La habitación es amplia; dos ventanas con rejas de hierro dejan pasar la luz de la calle hasta la cama, que ocupa el extremo opuesto. En el joven que reposa han hecho mella el frío y las neblinas del invierno. En la mesa de noche, junto a algunos libros, se ven una poción pectoral y un termómetro. Varias veces en el día se le revisa la laringe, en cuya roja pared se enreda, a menudo, una membranita blanca, y con una tórula de algodón untada de yodo, se cauteriza la infección. Para distraer el ocio forzado, este joven lee. Si no estuviese enfermo, leería también. ¿Qué lee?

(1) "Toute l'invention consiste à faire quelque chose de rien." Racine, Pref. de *Bérénice*.

La literatura infantil está llena de abismos. Junto a las invenciones fantásticas (¿fantásticos el avión y el submarino?: Julio Verne, eres un precursor), están las expediciones de los piratas de Salgari; junto a Wells que lleva a los hombres a la luna, hay una Eugenia Marlitt en cuyas páginas anidan bandadas de románticos murciélagos, y existe un Conan Doyle que envuelve en el humo de su pipa a su querido Sherlock Holmes. Pero este joven convaleciente, que mira la vida a través de dos ventanas enrejadas, tiene leídos ya a Verne, a Conan Doyle, a Marlitt y a Salgari. En el anaquel de una librería ha dado con libros de otra literatura. Uno de ellos se titula *La Voluntad* y lo firma, sonoro, un nombre supuesto: Azorín. Otro se llama *Camino de Perfección* y ostenta la firma de Pío Baroja. A éste se hermana un tomito pulcramente empastado en roja tela. Letras doradas dicen allí: *Páginas Escogidas*. En otro tomito, gemelo, se hallan las páginas mejores de Montaigne. En uno de pasta venerable, de tipos clásicos (algunas páginas manchadas de herrumbre), se enfilan las tiradas del *Art Poétique* de Boileau Despreaux. Anarquía de las lecturas juveniles, no dosificado veneno, bruscos atracones de imágenes y de formas, ¿quién resucitará vuestro intermitente encanto?

Cuando yo era adolescente me gustaba vagar en la noche por las calles de Santiago. Entonces, cuando era adolescente, oí muchas veces, en plena noche, la carrera hostil del tren de los difuntos. Llamo así el traqueteo de un misterioso convoy que a veces cruzaba el aire de la ciudad dormida y llegaba distinto a mis oídos. Era el ruido de un tren que corría como encajonado entre cerros, de la sombra a la sombra. Sonaba como un tesoro metálico. Era tan poderosa la emoción que me producía este estrépito singular, que a veces me detuve confuso, para oírlo mejor, para no turbar con el eco de mis pasos ese remoto temblor del aire en calma. La luz de las lámparas de arco se hacía más aguda, y me parece recordar que en ese momento no pasaban más vehículos junto a mí. Interrogué a menudo a mis acompañantes sobre aquella misteriosa fuga en el vacío. Siempre me dijeron que no llegaba hasta ellos, o bien que les parecía algo indistinto y vago. Era sin duda un tren inexistente que corría hacia un mundo para mí ignorado y que lleva-

ba a esa comarca de sombra un tesoro monstruoso. Después lo he bautizado el tren de los muertos. Sí; es un nombre que le conviene, aun cuando esté colorido levemente de un romanticismo de mal gusto. El romanticismo y el mal gusto de la adolescencia, poblada de ensueños indecisos y de llamados misteriosos.

Con esta impresión pretérita combino, por no sé qué necesidad íntima, una que me asalta a veces hasta ahora mismo. Hace pocos días, al peinarme, abstraído frente a un espejo que me devolvía un rostro sudoroso por el calor del mediodía, imaginé sentir — sentí — una sirena que hacía señas. No era una sirena cualquiera, sino precisamente esa de los navíos que sólo se escucha en los puertos. La imagen fué tan viva que todo se transformó en torno a mí. Me pareció vivir en la orilla del mar, donde los hombres se hallan de tránsito y las cosas parecen prontas a aceptar la despedida. Creí que las circunstancias todas de mi existencia habían cambiado. Yo mismo no era entonces ya el ser convencional que escribe unas líneas que no entenderá nadie y a nadie gustarán, sino un hombre diferente. ¿Cómo era ese hombre? Imaginé que mi vida había tenido una vuelta brusca, como el caminante que llega a una esquina y debe doblar de pronto, so pena de atravesar la calle que no había creído

encontrar tan luego. Y también que no era el hombre que soy, el mismo que debe ir a buscar esta tarde un traje que mandó planchar, sino un ser de tránsito, preparado a emprender viaje cualquier día y que entonces seguirá ansiando lo contrario de lo que yo ansío. Quiero decir, que bajo esa personalidad que me reveló de súbito la voz precipitada e insistente de la sirena, mi deseo legítimo habría sido hacerme sedentario, aunque sólo por un breve término, coger una rutina, adquirir una pauta de conformidad, mientras que hoy me agradaría ser vagabundo, siquiera por un poco de tiempo. Pero me parece que es inútil intentar la explicación de todo esto. Es muy difícil para mí, y después de todo, no vale la pena en absoluto.

Tenia yo pocos años cuando, a punto de calzar mis primeros pantalones de hombre, me convertí en campanero de una iglesia. Por el interior de una vieja calle que se extiende hacia el sur de la Alameda, se alzaba — se alza todavía — una modesta capilla construída de ladrillos y enjalbegada. No tiene propiamente campanarios sino dos improvisadas torrecillas dispuestas para albergar dos sonoras lenguas gemelas. Anexa a ella existe un pensionado de sacerdotes. Por sus pasillos me introduje a veces, en unas tardes silenciosas, ansioso de sorprender la vida de los solitarios. Divisé en una sala grande y sombría una mesa de billar en que jugaban a las carambolas dos ancianos venerables. En otras creí ver dormitorios, pobres dormitorios de célibes forzosos, en los cuales jamás resuena la voz de la alegría. Raídas alfombras celaban los pisos de esas habitaciones. Pero las piezas accedían a corredores abiertos hacia patios frescos y sombríos. En éstos la vegetación crecía con una fabulosa abundancia, gracias sin duda a los cuidados de un

jardinero también viejo y achacoso. Hoy pienso que si las plantas hubiesen seguido la misma norma de abstención que presidía las existencias de esos sacerdotes, estos venerables hombres no habrían disfrutado de la fresca sombra que reconciliaba con el mundo. Pero estos pensamientos son blasfematorios.

Gracias a no sé qué recurso, yo que jamás fui partidario de hacer amistades, me hice amigo del sacristán de la iglesia. Era un hombre parecido al Chaplin que poco más tarde me iba a encontrar en las pantallas del cine. Quiero decir que tenía los ojos brillantes, un bigote recortado como cepillo y el pelo un poco crespo. Era moreno como son todos los sacristanes chilenos, y también como ellos, vestía con sencillez deslustrada. Sus maneras eran respetuosas, y siempre me trató con cortesía evidente. Cuando se cantaba, con perfumada solemnidad, el mes de María, mi misión era tocar las señas que citaban a los fieles. Mi amigo el sacristán tenía mucho que hacer con el arreglo de las velas y de las flores; las beatas que llenaban en confuso enjambre de negros mantos los altares, y entre las cuales, por cierto, no se contaba ninguna de mis tías, ni mis abuelas, ni mi madre, le llamaban a menudo para que las ayudara en sus empeños. Yo me

subía por una escalera de hierro adosada al muro, y desde allí me colgaba de la cuerda de la campana. La seña era una agrupación algo caprichosa de campanadas seguidas, a las cuales, tras breve intervalo, replicaba una campanada solitaria, que por eso resonó siempre más agudamente que las demás. Una vez tocadas las tres señas, el sacristán se iba a buscar al sacerdote encargado de la devoción, y la ceremonia comenzaba pronto.

Muchas veces asistí también, discretamente asilado en la sombra de la sala, al acto en que el sacerdote se revestía de sus ornamentos. Era una sencilla ceremonia, en la que mi amigo el sacristán ayudaba con expedición y respeto. En esa sala, el presbiterio, se musitaba apenas, y era frecuente ver al sacerdote mover los labios en silenciosa oración, mientras se le ponían los paramentos bendecidos. Estaba enajenado a otro mundo, muy distante del ambiente terreno en que se movía su cuerpo. Pero si un paramento había sido mal colocado, lo corregía él mismo con presteza, y a veces por esta inadvertencia mi amigo el sacristán se llevó unas miradas que me parecieron coléricas. En unos armarios que cubrían la parte baja de los muros, se guardaban hábitos relucientes de sedas y bordaduras. En otros descubrí un

vasto depósito de velas de cera, de gruesos y formas diferentes, que despedían un cálido y pegajoso olor. En otros, en fin, se juntaban vinajeras, copones, patenas, paños para el altar y varias menudencias sagradas. Había paramentos especiales para ciertas ceremonias y para días determinados.

Entre los sacerdotes que vivían en el pensionado, fuí amigo sólo de uno, que era también mi profesor. Era hombre altísimo, de antipática fisonomía. Sus pies enormes sobresalían mucho de las sotanas. Sus manos eran muy grandes, y a menudo, al accionar, las golpeaba con fuerza contra el vientre. Su abdomen era prominente, y las manos estrelladas sobre él producían un curioso ruido que no he vuelto a oír. Aunque muy flaco, su vientre sobresalía de la línea general del cuerpo. Esto daba a su figura un aire extraño, inarmónico, que invitaba fácilmente a la hilaridad a quien viera en la calle, cobijada bajo un sombrero clerical de alas muy cortas, humanidad tan desmesurada. Más cómico era todavía cuando — lujo supremo — reemplazaba el sombrero común por otro de felpudo fieltro.

Un día me invitó a un salón de recibo en el pensionado, y me contó su viaje por la Tierra Santa. Lo había hecho varios años antes, cuando era más joven, y a su recuerdo se

emocionaba. En el viaje revivió una por una las etapas de la vida del Salvador, y a veces asomaban las lágrimas a sus ojos al evocar la belleza de los atardeceres de Tierra Santa, la paz del lago de Tiberiades, la torva hermosura del Huerto de los Olivos. De ese mismo viaje había traído unas reliquias que me mostró. Se trataba de unos fragmentos de maderos de la cruz del Salvador, tierra cogida en el sitio en que estuvo clavado el madero, hojas de los retoños de los olivos que el Rey del Mundo regó con su sangre.

No parecía tan conmovido al mostrarme estos minúsculos tesoros como cuando me habló de las bellezas de la santa tierra israelita. Indudablemente se había familiarizado ya con ellos, y en cambio su viaje no era sino uno y no se iba a repetir. Me regaló—donación que parece simbólica en un hombre que se despide de la vida—algunos de sus recuerdos, y aunque me recomendó mucho que los conservara con cuidado, los perdí pronto. Los fragmentos del santo madero se confundieron, un día cualquiera, con esas hilachas que en el fondo del bolsillo le nacen a uno por generación espontánea y que son el sudor de los trajes. La tierra fué a dar sobre la del patio de mi casa, y no se distinguía, a fe, de la que allí se encontraba. Las hojas de los olivos sacros se resquebrajaron, se rompieron en

minúsculas partículas, y terminaron por correr la misma suerte de las astillas. El hecho es que un día me ví libre de las reliquias que el sacerdote me había dado con efusión de su ánimo, y no me pesó. Apenas lo noté.

Por ese mismo tiempo debe haberse desencadenado en Europa una vasta tormenta. Algunos lejanos ecos irrumpían en nuestras habituales conversaciones, y poco a poco se fueron diseñando los bandos y las preferencias. Idólatra de los austriacos — ¿por qué?, no lo sé—, yo fuí tímidamente germanófilo; más tarde me sedujo Francia, pero luego fué Inglaterra la que me conquistó, y sólo por ella me parecía justo que se librara la pelea. Pues bien, en las conversaciones que tenía conmigo el sacristán, también se habló a veces de la guerra. Una tarde del verano, próxima ya la noche, tratamos de esas cosas. Nos hallábamos de pie en el corredor al cual se abría la puerta del presbiterio. Nos hacía sombra una mata de madreselva, que reptaba por un pilar y en lo alto se repartía horizontalmente a ambos lados, bajo el techo mismo del corredor. El olor de la madreselva se mezclaba a los de otras plantas florecidas; los pájaros chiaban para acompañar sus últimas diligencias; de vez en cuando un tranvía agujereaba el aire en calma, con su campanilla presurosa. Debo haber expuesto al sacristán las razones —

sentimentales seguramente — por las cuales Francia monopolizaba, entonces, mis simpatías, cuando de pronto me paralizó una curiosa frase que exhalaban con suma naturalidad sus labios de hombre maduro:

—Pero en París hay tantas p....

Eso era insólito. Yo había escuchado, es verdad, y también dicho muchas veces la palabra, y hasta cierto punto no tenía derecho a escandalizarme. Pero oírla en boca del sacristán era ya demasiado fuerte. Me imaginaba a ese hombre dueño de una vida muy honesta y muy simple. En el ambiente eclesiástico había adquirido unos modales suaves, un poco redondeados, propios de quien tiene que tratar a diario con clérigos y beatas. En suma, la práctica del disimulo, virtud primera de la vida clerical, debía ser para él algo vivo y activo. Yo no era capaz de discernir entonces claramente ciertos matices, y con la conjunción de la hora y del sitio, las palabras del sacristán me parecieron escandalosas. Había tomado en él por ascetismo lo que no era sino máscara para tratar con la gente de iglesia y que en ese momento abandonaba con gusto, puesto que yo no era de la misma cuerda.

Creo que esta leve impresión, sentida en plena niñez, ha tenido profunda influencia en mi ánimo. Poco tiempo más tarde las ce-

remonias de la religión me parecían desprovistas de sentido, y seguí concurriendo a la misa dominical por imposición casera, no por voluntad mía. Por esos mismos días cambié el curso de mis lecturas. El concepto del mundo se fué transformando para mí. Me pareció, por momentos, que había encontrado mi camino.

*Ama, pero no al vulgo: ama a
los dioses.*

J. S. CHOCANO.

De creer a nuestros contemporáneos, en la literatura chilena hay ángeles y demonios. Los primeros, mofletudos y sonrosados, no hacen otra cosa que pensar en el bien, cantar loas al Altísimo, crear incesantemente formas de belleza. Los segundos, desencajados y siniestros, acechan a los hombres para hacerles pecar y siembran de espantosos ensueños las horas de su reposo. Los primeros se denominan corrientemente escritores; los segundos obedecen al nombre vil de críticos. Yo no sé qué virtud taumatúrgica tengan los críticos. Convierten en insultos a su obra todo lo que tocan. ¡Pobres de ellos si aplauden! Se les acusa de partidismo, de personalismo, de apasionamiento; se dice que obran por impresiones, que pretenden engañar al público, candoroso e ingenuo él también, al darle gato por liebre, es decir, escritor malo por escritor bueno. ¡Pobres de ellos, asimismo, si reprochan! No se cree que hayan leído; peor aun: se asegura que leyeron, pero que no entienden. Se habla mucho en nuestros días de interpretar, y más de una vez he llegado

a pensar que interpretación es una palabra que ha sido inventada para escamotear las dificultades reales de la crítica literaria. Es muy fácil interpretar un libro, cuando lo que se hace es divagar en torno a él, sin asir su sustancia, sin examinar lo bueno y lo malo que contiene, y cuando se atiende menos a lo que el autor puso efectivamente en él que a lo que quiso poner. La interpretación viene a ser de este modo una cómoda tercería. El interpretador, un intermediario feliz, un celestino, entre el autor que angelicalmente escribe paparruchas e ineptias y el lector que no sabe lo que quiere. Claro está, este género de crítica interpretativa es o puede ser conveniente para ese género de público. Pero yo me pregunto: ¿es el único que existe? ➤

Cuando un crítico adosa a sus comentarios al libro que examina, alusiones a lo que del autor sabe por otros conductos, se evade de su misión legítima, aunque el resultado sea muy estimable. En efecto, ninguno de esos antecedentes complementarios llegará a conocimiento de quien anhele seguir en las páginas del libro criticado el curso de las observaciones del comentarista. Debemos decirlo de una vez por todas: la crítica no puede obrar sino sobre lo escrito, más aun: sobre lo impreso, ya que esto es lo único accesible a todo género de lectores. En cuanto sa-

le de allí puede ser utilísima, puede ser más o menos admirable, pero también deja de ser crítica.

La actitud de esos monstruos inevitables que se llaman críticos me parece a mí que se ajusta, en general, a lo que decía hace muchos años Diderot en *Les Salons*: “Voici mes critiques et mes éloges. Je loue, je blâme, d’après ma sensation particulière, qui ne fait pas loi. Dieu ne demanderait de nous que la sincérité avec nous-mêmes. Les artistes voudront bien n’être plus exigeants.” Nuestros autores son más exigentes; pero no exigen por cierto que el crítico cumpla mejor su cometido, sino que guarde, respecto de ellos, una actitud tolerante y más simpática. Lo que piden, pues, no es que el crítico se ajuste mejor a las reglas de su arte — que es arte y tiene reglas muy rigurosas—, sino que las vulnere en su favor, cuando ello es menester. Es decir, le piden que claudique, que se deje cohechar. No parece la mejor manera de buscar el perfeccionamiento de un género literario. Cuando Sainte-Beuve pedía que en crítica todo se sometiera al examen, cuando decía que no se procediera “en nada por prevención y entusiasmo”, daba una norma muy sagaz. No tiene ella otro inconveniente que haber pasado de moda. Para la mayoría de los angelicales escritores que pue-

blan nuestro empíreo, hablar de examen es una vulgaridad atroz y es — horror de horrores — dar prueba de un criterio *retardatorio*. Lo nuevo, lo actual, lo avanzado, es interpretar, es decir, no examinar, y tener prevenciones y entusiasmo, pero para hallarlo todo bueno.

Un crítico inglés de los mejores, Matthew Arnold, dijo que la crítica le parecía a él “a disinterested endeavor to learn and propagate the best that is known and thought in the world”. No creo que haya crítico chileno que, conociéndolo o no, haya permanecido ajeno a este mandato. Todos ellos no han ansiado otra cosa que conocer y propagar lo mejor que se ha escrito y pensado en el mundo. Los artículos de nuestros críticos están llenos de recomendaciones; ninguno de ellos ha dejado jamás en la sombra al escritor nuevo que se levanta a exigir de sus contemporáneos y de la posteridad el tributo de la lectura. Más aún; los libros nuevos tienen una virtud cardinal: hacen nacer en el crítico, por muy cerrado que éste sea a la ilusión, la no siempre definida esperanza de que con ellos vienen naciendo grandes escritores.

Hay una noción de perspectiva que se olvida a menudo por quienes hacen la censura de la crítica cotidiana. Olvidan, en efecto,

que el artículo corriente de crítica no es más que una monografía breve sobre un libro, y pretenden que el crítico les hable en general de su autor, de sus ideas, de su ambiente y de mil cosas más. Es ridículo. Si un hombre de ciencia es invitado a hacer la monografía de un árbol del bosque, no de cualquier árbol que los represente a todos, sino de uno solo, no debe extrañarnos que recorra, lupa en mano, su tronco y sus ramas, que describa la forma de las hojas y el color de las flores o frutos, que dé cuenta de sus caracteres y de su perfume, y mida su altura, su ancho, sus ramificaciones y todo aquello, en fin, que sirva para individualizarlo. Hace una monografía y debe usar un método conveniente a su fin. Si pretendiera emplear con cada árbol del bosque el mismo método que usó con uno, cuando el objeto ya no es un árbol sino el conjunto de árboles, habría llegado el instante de llamarle a cuentas. El método monográfico es el de los artículos que nos obligan a escribir los libros que salen, a medida de su aparición; el otro es el que corresponde a los ensayos panorámicos, o como se les quiera llamar, en los cuales el tema no es un libro sino un autor, o un grupo de autores, o un género literario o una época artística determinada. Fiel al método monográfico, mientras me ha parecido conveniente,

no he vacilado en olvidarlo cuando debí escribir sobre otras materias. Es el caso de *Retratos Literarios* (1), donde no hablo sobre un libro de cada autor, sino sobre el conjunto de obras de diecinueve escritores. Los que se apresuran a condenar el método que llamo monográfico, no han parado mientes acaso en que ese libro me dió ocasión a emplear otro distinto. En un artículo de diario relacionado con un libro independiente, solitario, puedo usar la lupa y la usaré mientras me queden fuerzas para tenerla en la mano. En un artículo o ensayo sobre un escritor considerado por la totalidad de su labor, emplear la lupa sería necio e inconveniente. Si se me probara que he usado el método monográfico en un trabajo panorámico, aceptaría contrito la censura. Como no lo he hecho, debo rechazarla indignado.

Si atendemos a la definición de la crítica que nos dejó Baudelaire, "passer de la volupté à la connaissance", veremos que nada hay más difícil que contentar al público con el ejercicio de esta disciplina. En efecto, este paso de lo voluptuoso a lo consciente debe cumplir ciertas condiciones. Es preciso que en el camino no se desfigure el género de la voluptuosidad, porque entonces el conoci-

(1) Editorial Ercilla, 1932.

miento vendría a corresponder no a lo que el libro contiene sino a otra cosa. Es el peligro de la crítica entendida como interpretación, que a mi juicio es simplemente el nombre que se da a una manera de no entender la crítica. Por lo demás, hacer consciente lo que ha sido previamente voluptuosidad, significa infundir cierta frialdad de tono, cierta circunspección, cierta medida que en el escritor no se dan siempre, y no tienen por qué darse, en el manejo de la crítica. Significa que el crítico mantenga con respecto a la obra literaria el punto de vista del habitante de Sirio en todo aquello que no vulnere la condición esencial de la crítica: el examen. Nada de esto podemos temer de aquellos seres—yo no sé cuál sea su número—que encuentran adorable la frialdad de la inteligencia, únicos preparados por naturaleza para el ejercicio del examen crítico.

Tiene andado mucho camino en la crítica nuestra una moda que no vacilo en juzgar perniciosa. Me refiero a la ampulosidad generalizadora que ama envolver los conceptos, aunque sean los más pobres, los más carentes de sugerencias, en un caparazón de niebla. De este modo, barajando palabras grandilocuentes, rondando en torno a los problemas sin precisarlos nunca, soslayando el examen, se logra a dar a los escritos una amable

y a veces seductora personalidad postiza y se posterga, en cambio, el pronunciamiento sobre lo inmediato, que es el libro mismo, que es el texto, admirable o deforme. La crítica cotidiana no puede dejar de subrayar lo inmediato sino a cambio de henchirse con alusiones remotas que no siempre tienen que ver concretamente con el tema. De este modo el crítico aparecerá muy altamente colocado, podrá adoptar un tono ampuloso y satisfacer su apetito de generalización. Seducirá además a cierto número de sus lectores que gustan de leer lo que no entienden, con el sesgo remontado de sus observaciones, pero se quedará cada vez más lejos del verdadero centro de su estudio, que no puede ser sino el libro mismo puesto en sus manos. No podría condenarse este método en términos generales, claro está; pero sí debe serlo cuando en lugar de referirse a una cuestión general se aplica a un solo libro. Es, pues, asunto de dosis y de oportunidad.

▼ Lo que no comprenden bien los ángeles, es decir, nuestros escritores, o si lo comprenden lo olvidan gustosos, es que el crítico examinador está siempre temeroso de ser demasiado torpe en su trato con los libros. Imaginaos a un hombre sumergido en un cosmos de pompas de jabón. En cada uno de los globitos se espejean los colores del iris. ¿Mirarlos no es,

acaso, ver una perla por dentro? Esa delicada piel se ha hecho para ser tocada sólo por dioses. El hombre destroza sin saberlo (apenas respira, no se mueve) esa cutícula que no conoce el reposo. A veces quiere rehacer el cristalino caparazón que ha visto trizarse. ¡Vano empeño! En lugar del globo sutil y etéreo encuentra una gota de agua con que la realidad burla, irónica, sus cuidados. Y su inquietud hace trizas otras esferas de ese cristal transitorio. Así el crítico. Cuando se para a considerar la calidad semi-divina de la creación literaria, teme no estar a la altura de su menester. Intenta posturas, explicaciones, alude vaga o claramente a su impericia, se confiesa derrotado. Es decir, abandona con mucho gusto su actitud demoníaca para tomar el paso de un burgués cualquiera. Pero esto no lo ven los soberbios autores. Creen que los globos destrozados, las gotas de agua que hay en torno al crítico y que manchan sus manos, son frutos de una intención aviesa. No se dan cuenta de que el crítico gozaría infinitamente más con las pompas de jabón restituidas y que, como hombre que es, su voluptuosidad se duplicaría si a las gotas de agua sucia pudiera insuflarles nuevamente la vida que tuvieron.

Vamos ahora a otra cosa. Se me ha reprochado intensamente acotar en los libros pe-

queños fragmentos, frases y hasta palabras, y se ha supuesto que uso este procedimiento porque no soy capaz de subir a las ideas generales, a los principios, a los problemas. La verdad creo que es otra. No me parece que haya nadie que goce en literatura de una autoridad tal que baste su sola palabra para que se le dé fe. Si un crítico de esos generalizadores que tanto abundan, proclama que el libro de que trata es admirable, nadie acaso sentirá la necesidad de pedirle que ofrezca pruebas de sus afirmaciones. En el elogio no rigen siempre las mismas medidas que en el reparo o la censura. Pero puede ocurrir que otro crítico no halle admirable el libro que estudia y se vea obligado a señalar al autor la razón de su disentimiento. ¿Cómo hacerlo? ¿Bastará que diga: este libro no me satisface? A mi juicio no basta. Lo que se necesita es mostrar al público todo lo que en el libro que se comenta es digno de censura. Al hacerlo, por lo demás, andará en la espléndida compañía de Voltaire, quien al definir el gusto literario exclamó: "Le goût fin et sûr consiste dans le sentiment prompt d'une beauté parmi des défauts, et d'un défaut parmi des beautés" (*Dict. Philosophique*.) No olvidemos, también, que el crítico casi no es juez en los días que corren; no le toca pronunciar sentencias; más que juez, es

relator de una causa, es fiscal acusador o defensor en un proceso cuyo fallo definitivo corresponde al público ilustrado. Siendo esto así, lo natural es que dé pruebas, ofrezca testimonios e inclusive avance opiniones, a condición de que ellas estén cimentadas en una observación delicada y acuciosa. No pretendo nada más que eso. Cuando leo un libro que me deja mala impresión, se me presentan dos caminos: fácil uno y difícil el otro. El primero se reduce a estampar un juicio perentorio: "Este libro está mal." Pero yo respeto un poco a las gentes cultas; comprendo que mi palabra no baste; soy más modesto que los generalizadores, y me resisto a despacharme tan a la ligera. Adopto, pues, el camino difícil, y antes de formular juicio alguno, acumulo pruebas, indicios, pequeños fragmentos reveladores (Taine), para que junto conmigo el lector llegue a la misma conclusión a que he llegado o podría llegar yo. Después de esto, y sólo después de esto, podremos decir a la vez el lector y el comentarista: "Este libro está mal." Yo no ando a caza de gazapos, ni me entretengo en los lunares por un placer de colector de deformidades. Si en el libro que estudio, los gazapos abundan y las deformidades proliferan, los anoto, porque de su conjunto puede deducirse algo general: el descuido del

autor, o su información precaria o su desprecio por la realidad. Pero debo insistir: todo esto lo hago porque estoy convencido de que la tarea de los comentadores de libros no es tanto pronunciar juicios y fallos inapelables, como informar a las gentes cultivadas para que los pronuncien con pleno conocimiento de causa. Me admira por esto que se me llame categórico, intransigente o dogmático. Postergo mi juicio, defiero a la opinión de la gente versada en literatura. Me limito a señalar lo que mis ojos ven, sin avanzar casi nunca una impresión o una estimación que no lleve una prueba suficiente al lado. Si las palabras conservan aún, en este mundo caótico, su recto sentido, esta actitud es antípoda del dogmatismo y de la intransigencia.

√ El crítico debe ser un hombre reflexivo. Desconfiad de esos seres — no poco frecuentes — que ante un libro se ponen a gritar estentóreamente. Un buen voceador — incluso de los méritos literarios — no tiene por qué ser un buen crítico. Si hay recogimiento en la posición del hombre que a solas con sus ensueños los ordena en series para hacerlos caber en las páginas de sus novelas o de sus poesías, no menor es el recogimiento en que debe enclaustrarse el crítico para proceder a sus operaciones de alqui-

mia. Ha leído un libro, o una biblioteca, y de las pálidas imágenes que esas páginas dejaron en su memoria, debe componer cuadros coherentes que impresionen a sus lectores. Su éxito estriba en conseguir que estos cuadros impresionen con vivacidad pareja a la que sabe suscitar el libro mismo. Esta operación es difícil. André Desson pretendió reducir a un esquema claro esta labor, y lo consiguió. En efecto, después de anotar que "para ser crítico, más que para ser escritor o poeta, es preciso una noble ambición", trazó estas admirables frases: "S'il est plus facile d'être critique que poète, il est, par contre, plus facile au poète d'atteindre l'originalité et la grandeur. Originalité et grandeur factices souvent, et passagères. Qui s'adresse à la foule et n'attend que d'elle la gloire, est sûr de s'imposer. Le critique, le philosophe, qui ne sont lus que par "l'élite", se voient plus sévèrement jugés. Autrement dit: un grand critique et un grand écrivain sont également rares, mais il est plus malaisé de se faire passer pour grand critique que pour grand écrivain..." Imposible me parece a mí resumir en menos palabras un punto tan delicado.

Tenemos que tratar también la cuestión de la perspectiva. ¿Qué perspectiva se concede a los críticos chilenos? Habitualmente, nin-

guna. Cuando un libro sale, el escritor anda ansioso a la espera del artículo que le ha de consagrar. Si el crítico demora en cumplir con su... deber, el escritor se lo hará notar en cualquier tono, conforme su personal educación. No comprende que un artículo crítico, meditado largamente, pensado una vez y otra, fruto de comparaciones, de análisis, de síntesis, de juicios preliminares transitorios, de relecturas, de hipótesis complementarias, es el único que podrá pasar a la posteridad, y que con él pasará también a veces la obra misma. Porque no olvidemos que, por ejemplo, en libros de Sainte-Beuve, leídos hoy y siempre, hay la huella de mil y una obras que no son más que un nombre inscrito en un escrutinio que se compone de miles de nombres semejantes. Sobre ese libro añejo, deleznable, sin importancia, el crítico supo hacer una breve obra de arte que vale más que el trabajo "de creación" que entusiasmó al autor durante buen número de horas, encantó acaso a un menguado o amplio público y pasó por fin a hundirse en la nebulosa de las obras fracasadas o simplemente mediocres de que ya nadie se acuerda. Eso es la creación en crítica. Y ese autor oscuro y olvidado, si no ha tenido otro mérito, pasará a la historia de las letras con el de haber provocado a un crítico una página maestra, o

por lo menos duradera. Pues bien, desde este punto de vista, todos los críticos pueden ser, si lo quieren, lo mismo que Sainte-Beuve, *mutatis mutandi*. A condición, eso sí, de que examinen, ponderen, midan, aliñen y alquitaran.

¿Y cómo ponderar y medir, cómo examinar y analizar si el escritor no los deja? ¿Cómo escindir la atención entre lo que por esencia es transitorio en la obra de arte y lo que habrá de permanecer? ¿Se ha pedido alguna vez al escritor, es decir, al ángel de nuestros campos elíseos, que haga otro tanto? ¿No sería una crueldad infinita y sin nombre ponerle en tal aprieto? Nuestros escritores viven en un mundo pequeñito, cultivando un jardín a lo Cándido, sobre el que revientan muy lejanos los truenos de las tormentas del mundo. Salen de su ensimismamiento de tarde en tarde, para mirar los signos del cielo, para reparar sus fuerzas con atracones de lecturas y de noticias, y muchos de ellos prescindan, sin disturbios íntimos, de esas noticias y lecturas. ¿Están al cabo de lo que pasa y de lo que subsiste? ¿Tienen, sobre el mundo conocido, nociones tan claras y completas como las que tienen sus críticos? ¿Saben siquiera todo lo que el crítico sabe de ellos mismos?

Los ángeles y los demonios luchan desde

siempre en el seno de lo eterno. Marcan los primeros con su signo a un hombre, y ese ser embellece desde entonces cuanto toca. Si es gobernante, hace la felicidad de sus súbditos; si es poeta, encanta con la música de su organillo o de su flauta a todos los que se acercan a su ventana. Pero hay también seres señalados por el Malo. Son los aviesos, los que manchan con su presencia. Son, en fin, los críticos, esos enredadores sempiternos, que ven claros sólo los defectos y que hacen, con maña sutil y peregrina, pantallas para ocultar las bellezas; esos envidiosos contumaces, que se han dedicado a la crítica porque no tenían fuerzas para encumbrar con sus manos los volantines de la creación literaria. Son los críticos, esos corruptores de menores en literatura, esos abogados del diablo que se oponen porque sí y comentan porque sí y maldicen porque sí.

Este lindo panorama de la vida literaria es el que domina en una fracción — ni angosta ni despreciable — de nuestros lectores. ¿Por qué ha nacido? No lo sé. Seguramente los críticos tienen en gran parte la culpa. No acceden a explicar sus procedimientos, no muestran el interior de sus laboratorios, ni abren sus maletas para que todos sepan con qué bagaje emprenden sus exploraciones. Contrariamente al prestidigitador que se des-

nuda los brazos y muestra que en sus bolsillos nada se guarda, nuestros críticos se rodean de velos espesos y adoptan una postura de orgullo para todo lo que se refiere a sus condiciones íntimas. Quienes les leen no saben si tienen los ojos azules y el cabello rizado, si aman las palomas o el champagne, si enamoran con los ojos o con las manos, si fuman en pipa o prefieren el tabaco en rama. Nada saben de ellos. Yo les invitaría a abrir sus ventanas y dar aire a sus escritorios cerrados. Más aún: a compartir los sillones de su cuarto con el transeunte anónimo que es crítico del crítico y del escritor a la vez. Yo les pediría que mostraran las recetas de sus cocktails, que reprodujesen alguna vez en el diario las notas marginales con que llenan los libros que leen, que narrasen sus amores y odios literarios y — ¿por qué no? — sus amores y odios humanos. ¿Ganaríamos algo? ¿Dejarían de ser odiosos demonios los demonios, ya que no se trata de que dejen de ser risueños ángeles los ángeles?

Tal vez no, pero obtendríamos como resultado un hermoso ramillete de confesiones, algunas desgarradoras, y comprenderíamos, al fin, que muchos de los demonios azufrados que ven el provincianito aleve y el honesto corredor de productos literarios de segunda mano, no son más que buenos hombres que

cultivan la crítica con tanto empeño y tesón como cualquier otro escritor. Que sufren para verter en ella sus pensamientos más durables y sus inquietudes y ensueños, tanto por lo menos como pueden sufrir el novelista y el cuentista que hacen dialogar, a la vera de una quincha, a don Pancho con doña Tomasa. Que quieren elevar la literatura chilena, sacarla de sus rieles mohosos y desvencijados, para ponerla en otros nuevos, y que desean, en fin, llevarla hasta donde ellos — los demonios — tienen puestos los ojos. Me refiero a ese país en el cual flotan sin mengua las sombras de los grandes escritores de todos los siglos y latitudes, que siguen enseñando a escribir e inclusive a pensar a todos los hombres que piensan y escriben hoy, sean éstos ángeles o demonios o toda especie intermedia o mixta.



—¿Filósofo, sir?
—Observador de la naturaleza humana, sir.

CHARLES DICKENS.

Los psicoanalistas enriquecieron el panorama del mundo interior con deseos reprimidos que encuentran algún día desquite y con instintos que la educación cohibe y luego sublima el espíritu. Han dado a conocer por ejemplo una audaz teoría: la primera noción de ambiente, de mundo, de paisaje, que tiene el niño es el pecho de la madre. Lo primero que sus ojos exploran con detenimiento es un mero grano de la piel humana, el pezón que mana leche, un promontorio que se colora con un pigmento de tono elevado y del cual fluye una incesante delicia. Debemos ver en este centro la organización de todo un cosmos. El pezón de la mujer no es más que una semiesfera que los labios del infante chupan y consiguen inflar y hacer crecer como una bellota. Sin embargo, junto a él dormitan los ensueños. Cuando el niño no conoce del mundo otra cosa que el pezón de su madre, allí van naciendo los paisajes que luego verán sus ojos. Allí están aglomerados, reducidos a una escala asombrosamente empequeñecedora, las montañas, los

cielos del mundo, los mares, los más vagos y lejanos horizontes, las puestas de sol, las noches de luna, los vientos impetuosos de la primavera, las lluvias, los fríos glaciales, las doradas frutas que se esponjan entre las hojas de los árboles, los ríos, las ensenadas, los lagos tranquilos, las islas oceánicas perdidas bajo climas tórridos, y están allí también las pantorrillas de las cortesanas, los pechos de mil mujeres, las combas de los vientres, las manos que adormecen y dan beleño, las frentes pensativas y vengadoras, los ojos turbios por el deseo, claros por la esperanza, amenazantes de protesta y despecho; y también salen del pezón como los pseudopodios que emiten las amibas, la casa que boga rumbo al futuro con su cortejo de sombras y de risas, ese comedor sencillo en que se come silenciosamente y ese salón en que se conversa y el dormitorio en que se duerme y se ama. Todo nace, todo vive, todo palpita en un minúsculo botón de carne, en una eminencia de la piel que se colorea más vivamente que el resto del cuerpo. Desde allí las manos del niño parten en tímidas exploraciones; desde allí salen sus ojos a buscar panoramas y a obtener de la vida del cosmos visiones integrales. Pero todo en el principio se reduce a ese botón que hipnotiza al recién nacido, que abisma todavía al muchachito y que encanta, a

veces, al hombre maduro. ¡Prodigio de las síntesis y de los símbolos! Hay una época de la vida del hombre en que todo lo que habrá de ver más tarde está contenido en una mancha del pecho materno que se eleva un poco sobre el nivel combado de éste y en la cual florecen, a menudo, manchas blanquecinas y dulces. La leche es la lluvia, el rocío, el jugo que mana de los ventisqueros y que forma los ríos, el mar que lame las costas, y acaso también las lágrimas que se vierten a deshora, sobre la almohada blanca, en el lecho del réprobo y del arrepentido. En torno al pezón crecen pequeñas eminencias de carne, se abren algunos poros y tal cual vello viene a interrumpir la rugosa superficie encantada. También estos menudos elementos, estos acompañantes de segunda importancia, desempeñan una tarea en la organización del cosmos que elabora la mente infantil. Esos como granos de arena que rodean al pezón y que toman una parte de su color de canela, pueden ser los amigos que hacen una corte desabrida al yo profundo del niño que se levanta a la vida, pero pueden ser también las mujeres que algún día se enlazarán a sus brazos y exigirán una parte de su deleite a sus labios y a su pene, si no son tal vez los ensueños que pueblan la mente del hombre, los trabajos que le esperan, las derrotas que corona-

rán su carrera, los aplausos que le engañarán una hora, un día, un año, o los silencios que seguirán como calderones de sombra a los instantes de luz, o los hijos que le aguardan para duplicar sus gestos, sus miradas, sus cobardías y sus ternuras, o las cóleras, o los temores o las angustias. Y esos poros y ese vello también reducen, simbolizan, prefiguran etapas de la vida, panoramas, viajes, celos, ansias, apetitos y rencores. Todo está condensado en esta menuda eminencia rosada o roja, morena o negra. El hombre nace para recostarse en ella. Hay un día en que obtiene, entre paréntesis de sueño, allí su alimento, y por ese botón comunica con la tierra, se abren las cisternas telúricas para hacer caer a su boca sedienta, chupadora, golosa, un jugo blanco como el semen y dulce como el oasis. Habrá tal vez más tarde un día en que obtenga, también entre paréntesis de sueño o de aflicción, no un alimento material sino un reposo, un consuelo, un aliento, un reparo, una esperanza, junto a esa eminencia dual. Entre ambos días, entre ambas zonas de calma y de paz beatíficas, la lucha y el hervor. Nada cambia, todo permanece. No es verdad que el hombre es un niño. Más bien podría decirse que el niño es un hombre más completo y más perfecto, porque en la misma breve zona del cuerpo hu-

mano en que el adulto obtiene sólo alimento para el alma, aquél encuentra su reposo, su nutrición y su ensueño.

He vivido poco en casas abandonadas. Conozco apenas el diálogo del viento con los rincones de los muros, y sólo he imaginado, en momentos de soledad, la tristeza de los adornos que se cubren de ceniza y entre cuyas salientes las arañas tienden sus telas fatuas. Sin embargo, me ha visitado a veces la nostalgia de las cerraduras que no son acariciadas por las manos del hombre. He llegado a concebir que destilan secretas lágrimas al recordar que fueron parte de sus vidas. También he creído ser testigo del desgano de los muros en cuyos espejos deslustrados cayeron, en algunas noches de regocijo, las luces de las lámparas y en cuyos mantos secretos se estrellaron las voces de la alegría. Comprendo que las casas abandonadas llo- ran sus memorias difuntas. Son tristes como el rictus de bocas que han gustado excesivos placeres. Quisieran acaso sentir temblar de nuevo sus fundamentos, como ocurriera en momentos de mayor tensión espiritual. Hay un frágil remedo de las antiguas agitaciones en el roer incansable de las ratas. Ellas si-

guen con tesón su obra cuando los habitantes han dejado las casas entregadas a la soledad y al silencio. Si penetramos a una de esas de las cuales huyeron prematuramente el bullicio y la fiebre, nos costará restituir las cosas al estado que tuvieron cuando estaban habitadas. Todo en ellas se ha acostumbrado a la quietud y siente pavor, un pavor irremediable, de tomar nuevamente el paso emocional que lo agitó antes. Debemos remover violentamente el aire quieto de los escritorios, de los salones, de las alcobas, para que se alejen de la casa los monstruos devoradores de la calma. Una pisada fuerte removerá las vergüenzas que duermen, y esos, que a veces nos asalta, puede ser el heraldo de la resurrección.

Los astrónomos deben haber dudado de sus instrumentos de observación, de sus nervios oculares incluso, cuando vieron en torno al planeta Saturno un cinturón de anillos; comprendo que vacilaran antes de aceptar como existentes esos extraordinarios añadidos que no presentaba hasta entonces ningún otro planeta, porque lo propio del espíritu humano es negar, mientras puede, la evidencia, y hacer por entrar la realidad, a empellones, en los cuadros previos que forja la estimativa. Pero debe haber llegado un momento en que toda vacilación fué imposible. Saturno aparecía siempre con sus anillos, como rodajas de mortadela, y no se pudo ya achacar a error de los instrumentos, a imprecisión de las visiones de ojos de diversos hombres, lo que se imponía con el carácter contundente y avieso de la realidad. Desde entonces, Saturno tiene anillos tolerados, ningún astrónomo sería osado a quitárselos, y todos los cálculos que sobre aquel planeta se hagan, todas las imágenes que de él se pinten, deberán contar con esos anillos inoportunos que

los primeros astrónomos habrán querido rechazar como un mal pensamiento, o como ahuyentamos el coleóptero de jardín, totalmente inofensivo, pintado de gayos colores, la "chinita" modesta, que a veces nos sube por el cuello y nos hace cosquillas.

No ponemos el mismo grado de objetividad en la observación de los demás hombres, es decir, de la naturaleza humana que a todos nos baña, de que todos participamos, en cuanto ella toca a nuestros semejantes. Hemos podido observar, por ejemplo, que el hombre es inconstante en sus relaciones con la mujer, que desprecia hoy a la que adoró ayer, que gusta probar en un lado y en otro lo que la mujer como esencia vale, para poder establecer gradaciones entre ellas y sobre todo para gustar, unas después de otras, las tonalidades de arco iris con que la mujer se muestra al hombre, por refinada coquetería o inconsciente capricho. Sí, lo hemos observado, lo estamos observando, pero no lo toleramos gustosamente. Hemos querido una y mil veces hacer de este animal exigente, un ser medido y cauto, que tenga parsimonia y adopte en su comportamiento una discreción particular, y nos repugna comprobar que la parsimonia le enfada y que su conducta es a menudo de una ligereza inaudita. Seguimos creyendo que son imperfecciones de nuestro

crystal, de nuestros ojos, mala colocación de nuestro observatorio, obstáculos imprevistos que se oponen a nuestra recta visión, los caracteres singulares con que el hombre viste sus placeres, modula y altera sus elecciones y hace variar el plano de sus afectos con los movimientos agitados de un barco que atraviesa una zona tempestuosa, con la diferencia de que cruzada esa zona el barco entra en la de calma, y el hombre vive siempre en tempestad y es un ser inquieto y tenebroso, que avanza a tientas, quiere rectificarse a sí mismo y no puede, tiembla y se excita con el influjo de las circunstancias que no es capaz de modificar, y espera siempre bienes que la vida le niega. Seguimos, en fin, pidiendo fidelidad y constancia a quien no ha nacido para tenerlas, ni para conocerlas, sino como imagen ideal, ni para gustarlas sino como una meta inaccesible que se aleja a medida que se la persigue.

Hacia mediodía cesó la lluvia. El cielo fué barrido por una escoba diligente y quedó azul otra vez. Poco más tarde una ave de metal lo surcó, sin duda para inspeccionar el aseo sideral. Como fulge el sol, puedo salir a desentumecer las piernas. Bajo los árboles la brisa finge, a ratos, nuevas lloviznas. Hay trozos de césped en que se espejan fragmentos de cristalerías destrozadas. En torno a los troncos de tilos, la alfombra vegetal adquiere sus más ricos tonos. Brillan a lo lejos las sonrisas humildes de unos juncos. Mientras tanto, tierra adentro, una vaca gruñe ásperamente.

Instalado en medio de varios árboles, tengo de pronto, ante mi vista sorprendida, la cordillera. Es una crestería que mis ojos suponen vertical, porque en este momento no abarcan sus repechadas, sino sus cumbres. El aire, a la distancia, la tiñe de índigo. Nieve pura reposa en sus picachos y hace una alfombra mullida de ventisqueros a sus quebradas más altas. El cielo aguza sus aguas, pero no puede parecerse a ese muro de granito.

Si uno viene llegando de un país llano, la Argentina por ejemplo, entiende claramente qué clase de fenómeno es la cordillera. En la llanura todo es lejanía, todo misterio ubérrimo. Claro está: se ignora lo que guarda el llano porque la vista se cansa de repasar sus líneas antes de que descubra en ellas alguna falta. Y toda esa tierra es igualmente fértil. Pastos altos verdean de primavera a primavera y se juntan todos los años al acervo vegetal de ese humus fecundísimo. Las manadas cortan los pasturales sin que puedan agotarlos. Para ellas siempre hay terrenos que descansan y en los cuales se acopia nuevo manantial de vigor.

En esta tierra, en cambio, que alguien ha comparado a un muelle desde el cual el chileno sueña siempre con hacerse al mar, no existe el horizonte. Desde que se traspasa la frontera chilena, la mirada tropieza con la brusca cortina de los cerros. Las perspectivas se agotan en cuanto iniciadas. Los cerros corren unos en pos de otros, se juntan, se acoplan en largas cadenas, forman circos en cuyas hondonadas los pueblos pueden legítimamente creerse centros del universo. No respetan tampoco las ciudades y junto a ellas vigilan tenaces, como dromedarios anonadados por una siesta eterna. No hay panorama menos jocundo que éste. Por los cerros no

discurre alma viviente. Los cardos señorean los repechos, y en las frescas quebradas la perdiz, con su vuelo azorado y fulminante, despierta ecos tímidos. En el azul se cierne, altanera, una ave de presa. En este ambiente brutal, sin esfumaduras ni lejanías que inciten el ensueño, no hay quien crea en la virtud de la tierra. El suelo es acogedor donde los siglos no han hecho más que agregar calidad a sus jugos. En tierra de montaña eso no es posible. Los cerros no sustentan vida alguna, salvo las de algunas cabras volatineras que otean con calma los barrancos y corren por los desfiladeros sin temor. Pero en los cerros salta, a veces, la veta escondida, que han buscado muchos hombres ilusionados. La veta corona no el esfuerzo metódico, como el pastural, sino el cateo en un instante de azar feliz. Hay mineros que buscaron años y años el codiciado tesoro, enterraron fortunas entre los riscos y junto a cada piedra levantaron una esperanza. Todo en vano. Otros, en cambio, salieron un día, desaprensivos, a cumplir cualquier menester, y tropezaron con el filón. Era una especie de río de metal, que cruzaba de un cerro a otro y que reaparecía bajo capas de ripio y desmontes, obstinado en donar y reservar su riqueza, alternativamente. No: la fortuna no premia el trabajo cotidiano ni el esfuerzo tenaz. La fortuna

es casi tan caprichosa como el hombre.

Pero ¿por qué mirar tan lejos? Aquí, en torno a mis pasos, cruje la tierra regada por la lluvia reciente. A ambos lados del camino que me lleva, se alinean árboles frutales. En sus ramas amarillean unas retardadas pomas que los cosecheros olvidaron. De cuando en cuando vuelvo a oír el zumbido del avión que gira sobre los campos, se asoma a las cresterías nevadas, se desliza esbelto y potente. De la cordillera me llega una impresión de magnitud que aplana. Yo no bebo esa lección sino que inconscientemente la juzgo superior a mí mismo. La montaña es una presencia sobrecogedora. Siempre a la vista, siempre dispuesta a cortar el paso al audaz y siempre empeñada en restar cielo al soñador, la montaña forja seres tristes y ceñudos que devuelven rencor por obstinación. No corren soplos idílicos de la montaña al llano, sino más bien un cierzo agostador, que enfría la atmósfera y paraliza el ritmo del corazón.

De noche, la montaña dibuja una tenue línea en mitad del cielo. Las estrellas la coronan y deben alumbrarla con su luz temerosa e inquieta. El silencio que me rodea está cruzado de rumores y de ruidos. Ladran los perros en terrenos vecinos; pasos presurosos de un caballo que galopa siguen la marca de un camino próximo; los insectos y las aves de

la noche se dicen sus secretos. Por el parque en que paseo ha sentado sus reales una lechuza meditabunda, de aire dispéptico. Cuando la noche avanza, chilla con su pico chiquito y parece cerrar de golpe una puerta de goznes mal aceitados. De esto, de todo esto se hace la calma y la soledad en que me complazco.

Miro al frente, hacia donde está la cordillera, y de pronto veo que no está sola ni abandonada. Hay un punto rojo a la derecha que oscila como maniatado por el viento. Luego se apaga, pero en seguida vuelve a lucir. Es muy pequeño. Más arriba, y hacia el centro, veo otro punto rojo, mucho más grande. Es fijo. Arde con ejemplar constancia y un miope podría tomarlo por un planeta de color rubí. Sigo mirando y diviso nuevos puntos de luz, luciérnagas andinas, en la vasta montaña, en ese telón de sombra que se levanta en la sombra. La cordillera no está abandonada. En sus despeñaderos, junto a sus quebradas, sobre los senderos que baten los vientos, barren las avalanchas y cubren en invierno los mantos blancos, viven algunos seres humanos. ¿Quiénes son? ¿Qué hacen allí? Ya lo sé, no son ni oficinistas ni comerciantes, y no están allí haciendo política, ni entregados a partidas de placer. Calados por el frío, beben tragos de su aguardiente y fuman ciga-

rros pobres, y sus orejas ensordecidas por el rumor gigante de un viento que no cesa, les aíslan del mundo.

Cesa la imagen: vuelvo al parque en que vigilo, tal como la lechuza, mi compañera desconocida, y el perro guardián que bosteza y se tiende a mis pies. No hay nada de común entre esos hombres y yo. De la montaña al llano no puede haber una corriente de simpatía, ni una voz de aliento, ni una palabra de estimación y de mutuo respeto. Nuestros destinos son diferentes, y nada de lo que yo haga por ellos valdrá cosa y nada de lo que ellos hagan por mí será estimado en lo que vale. Separados por unos pocos kilómetros, somos sin embargo tan extranjeros como si nos separara el mar.

Esta es la lección de soledad que me da la noche andina.

Existe en la vida del espíritu un grupo de sentimientos que me atrevo a llamar relación parasitaria, a falta de otra expresión genérica, única que a mi modo de ver puede englobar el complejo de abnegación, admiración, éxtasis a veces, que un hombre puede tributar a una mujer colocada altamente, por la vida o por su adorador. Esta relación no se agota en lo que las gentes llaman, por lo común, amor platónico. También existe, sin sombra de amor, en la dedicación constante con que cualquier individuo, que acepta voluntariamente su inferioridad — sentimental o de otro género — respecto de otro, se pone a su servicio. Veamos el caso más corriente, el del amor platónico.

El amante platónico es el amante egoísta. El amor que siente por una mujer y que no se atreve a confesarle, se agota en sí mismo. No aspira a ser compartido, y por eso se le puede considerar como el máximum de la abnegación a que es capaz de llegar el hombre. Pero, como no se comparte, no prolifera, ni fructifica (ni se degrada, si se quiere) en

las quejas, las renunciaciones, los disturbios que son el cortejo del amor compartido. Tampoco muere con facilidad, como por desgracia le ocurre a este último. El amante platónico no sabe querer propiamente, pero dentro de la lógica especial que se fabrica para cohonestar su sentimiento, sólo su amor es grande. Estiliza la silueta de la mujer amada, le atribuye los contornos finos y evanescentes de las figuras de madonas primitivas y de mujeres prerrafaelitas, enciende incienso para que sus nubes la cubran y la aislen. Cada rayo de luz que cae de los ojos de la mujer a quien ama, cada ademán de sus manos, cada palabra que fluye de sus labios, es un dón que la mujer — ignorante del cariño que despierta—no sabe hasta dónde le puede llevar. Puede hacer de él un héroe o un santo, pero también puede inducirle a prácticas abominables. El tormento y el gozo del amante platónico es tener su secreto, acunarlo, darle su calor, lo mismo que una madre hace con su hijo de meses. ¿Teme acaso que su amor sea tan frágil que no soporte el aire libre? No. Teme no ser comprendido. El número de los hombres que exigen algo de las mujeres es amplísimo; el amante platónico sabe que sólo obtiene un poco el que pide mucho. A él le basta con que se le acepte a la contemplación. Le satisface contar con la

amistad de la mujer que ama, y a veces con menos que eso: con verla tal cual vez, con oír su voz, que a veces no dirige ni siquiera a él mismo, con saber que actúa en la vida tan indiferente y tan ciega respecto a la admiración que se le tributa, como una cascada que cae inconsciente de su belleza y de los sentimientos que ésta ocasiona.

Conozco el caso de un niño que vivió muchos años obseso por una mujer que contrajo matrimonio cuando él era apenas adolescente. Bastará eso para establecer entre ambos alguna diferencia de edad. Los ojos, el paso, los gestos de ella eran suficientes para pasmar de delicia al muchacho. Pasó el tiempo; ocurrieron muchas cosas, y un día ese joven y esa mujer se encontraron. La vida les había maltratado: ella debió separarse de su marido al cabo de poco tiempo de existencia en común; él vivía sin entusiasmo con una mujer a la que ya no amaba. Fué entonces cuando el joven de mi cuento pudo estrechar por primera vez la mano de la mujer que había presidido el despertar de su conciencia erótica. Pues bien, tuvo la delicadeza de callar todavía, seguramente por timidez altanera, el género de sentimientos que antes ligaron su destino a la figura femenina que tenía al frente. Le pareció, muchas veces, que poseía algún dere-

cho sobre ella. Pero ¿cuál? ¿Haberla amado en silencio, haber masticado su pena solitario? No era un derecho. Comprendió entonces hasta qué punto era egoísta el amante platónico y pareció decidido a dejar de serlo. Pero el parasitismo de la relación era más fuerte que su voluntad. Varias veces intentó acariciar a la mujer, y en cuanto en ella asomaba la resistencia que por naturaleza la hembra opone a las primeras escaramuzas eróticas, él abandonaba la partida. Un día, para llevar más lejos su aventura, le contó lo que él había vivido, pero sin señalarle quiénes eran los personajes de su historia. Aquélla no dió importancia a su relato; lo oyó con cierta complacencia y pareció dar a entender que era muy torpe un hombre que se sacrificara en esa forma por una sombra de mujer, ya que si no la había tratado, no era más que una sombra... Luego se rectificó un poco, y dijo que debía ser muy bello para una mujer contar con un amor así, pero que nada podía pedírsele puesto que nada sabía. El amante de mi cuento acordó seguir callando. Poco más tarde ocurrió algo terrible. Una amiga de la joven a que me refiero, narró con colorido exagerado las entrevistas de estos personajes a la mujer de él. Hubo una escena violenta de celos, y en ese matrimonio, en que el tedio

había comenzado a planear, se produjo una trizadura ya irreparable. El hombre, incapacitado para defenderse, porque las apariencias le acusaban y porque su anhelo era llegar al fin, no tradujo en su conversación con la mujer que había sido el ideal de su adolescencia, sino una inquietud vaga y de orientación espiritual. Todo siguió lo mismo, y sigue, porque los personajes existen y la tragedia, si tragedia es, continúa.

Llamar amor platónico a estos sentimientos sería tosco e inapropiado. No es platónico el amor que gustoso dejaría de serlo. Al hombre de mi relato, la intimidad de la mujer a quien de niño quiso, no le asusta ni le repugna; más justo sería decir que le encanta. Pero ella no se la cede porque él quiere imponerse por presencia, seducir con su amable manera, obtenerlo todo sin pedir nada. Y ella no entiende esta seducción, es decir, no le da categoría de tal. Le parece una mera amistad, una amistad sencilla, que se ha tenido de pasión en algunos momentos, pero que nada exige y, por lo tanto, a nada compromete. Mientras tanto, por su lado, el admirador antiguo, el niño transformado en hombre, ve reproducirse las horas de su cándida pasión y con gusto se acerca y se aleja alternativamente de su ídolo de antaño. Sigue sus gestos con ternura, recibe sus noti-

cias con arrobamiento, no le interesa que sea casta, porque no tiene celos de nadie; sueña a veces perdidamente que habrá de poseerla. ¿Cuándo? Nadie lo sabe. ¿Cómo? No se atreve a imaginarlo. Pero toda palabra que cae de su boca tiene para el adolescente que hoy es hombre, un perfume particular. Las que oye son las mismas que oyen todos los demás; para él, sin embargo, se visten de limpio. Van hasta su corazón, no van sino a su corazón. Hay un secreto latente en ellas, y de ese secreto él es el dueño único. Podría revelarlo a los demás, y también a ella misma. Pero entonces caería al nivel de un enamorado vulgar que anhela seducir, que pide algo en recompensa de su silencio, de su obstinado vagar en torno a la llama que le ilumina y le da calor sin quererlo y sin saberlo.

Esto es la relación parasitaria: abnegación, entrega, soledad silenciosa y recoleta, pasión que duerme, pasión que espera, una continencia de todos los sentidos, no por ascetismo, sino porque hay una continencia más importante que la que pregonan los tratados ascéticos y cuyo significado secreto sólo conocen los amantes parasitarios. Irá por el mundo la mujer amada por un hombre que sienta en esa forma, en la forma parasitaria, irá por el mundo derramando su hechizo, y sólo él entenderá lo que haga, sólo él perdonará

sus errores, y seguirá con obstinada tenacidad todo lo que la traduce. Tendrá muchos amigos, muchos amantes, podrá hasta hacer la felicidad de muchos hombres; pero la felicidad, no compartida por ella, que hace en el alma de ese hombre que diseño, será la única pura y la única elevada. Esto no es amor platónico, insisto, porque está siempre dispuesto a dejar de serlo.

Vamos a plantear otro caso. Un hombre se enamora de una mujer antes de que ella se case; la sigue, la contempla, la admira; no se atreve a hacerse su amigo, porque está dominado por una timidez sagrada. Poco después ella se casa, tiene un hijo; un día el hombre que la amó de lejos, que la ama todavía, y que ahora no es tímido, porque algo ha vivido, la conoce. Desde ese instante son amigos, se ven en sociedad con frecuencia. El hombre siente que puede haber llegado su hora. Si va hasta ella y le confiesa su amor, ella acaso comprenda lo que ha sufrido y acaso esté dispuesta a darle un poco de su ternura, lo que robe a su hijo y a su marido. Pero entonces él destruirá en parte la imagen que de ella ha pintado, esa imagen prerrafaelita de virgen que camina en la pradera, con lirios en las manos, y en cuyos ojos cercados de ojeras color violeta se ve reflejada la luz verde de un lago bañado por el crepúsculo.

Y prefiere abstenerse. Pero puede ocurrir también otra cosa. Puede acaecer que ella le rechace, que se asombre de su indelicadeza, que le exija discreción, y entonces él aparecerá a los ojos femeninos con una imagen que no quiere tener, que jamás aceptará tener. Aparecerá como un seductor, como un hombre vil, que busca ansioso llegar a una aventura o que deja olvidados en el camino sus deberes. Al hombre de mi cuento le repugnan las dos soluciones. No quiere rebajar la majestad natural de que cree revestida a su amiga, ni acepta descender él mismo del tono de respeto contenido que ha impreso a sus palabras y a sus actos cuando está con ella. Viene entonces el silencio. Ese hombre sigue con amor todo lo que la mujer hace; la ve jugar con su hijo, y admira su forma; la oye conversar, y bebe sus palabras; charla con ella, y sonrío a su visión íntima. Se ilumina por dentro con el reflejo que de ella mana. Relación parasitaria pura. Ella ignora la admiración de que es objeto, cree amistad natural lo que es un apetito contenido por una formidable presión del ánimo. O bien no cree nada de todo eso, y en ese hombre que la rodea con su buena voluntad, que le sonrío con timidez, que trata de agradarla, con aparente inocencia, ve sólo un ser inútil para el amor, que no sabe pedir,

ni quejarse, ni acariciar. Y se engaña. El es capaz de todo eso, pero no se lo pide a ella. Cuando lo necesita, lo paga. Lo que a él nadie puede quitarle, lo que aromará toda su vida, es su abnegación. Porque para llegar a ese estado de éxtasis afinado, para seguir de lejos los pasos de una mujer y evocar con íntimo deleite su nombre a cada instante, mientras se conservan secos los ojos, fija en los labios la sonrisa, inalterable el gesto con que se saluda a la mujer que se ama, se necesita una dosis crecida de abnegación. Una abnegación que las gentes vulgares no bautizan con ese nombre, es claro, porque parece puro egoísmo. Pero quiero hacerme la ilusión de que dialogo con seres que me comprenden o que comienzan a comprenderme, y seguiré llamándola con el nombre que le he dado.

Esta misma relación parasitaria se halla en otras esferas de la vida, repartida en todos los medios y las situaciones. Hay personas que gozan de extensa reputación, muchos pretenden conocerlas, y su existencia no es casi una cosa secreta, como debe ser la de todo ser humano, sino un espectáculo más en la feria. Por esas personas hay quienes sienten afecto, admiración y hasta amor, todos ellos desinteresados. Ved pasar por un sitio cualquiera a una mujer de las que hablo. Segu-

ramente no conoce a ninguno de los que junto a ella marchan, pero todos saben algo de su vida y podrían asegurar a quién ama en ese momento, cuáles son sus gustos, cuál el tipo de sus placeres y de sus virtudes. Para todos esa mujer es algo más que una mujer. Es un símbolo. Anhelarían verla un día en su alcoba o en un salón íntimo, no para exigir de ella nada importante, sino acaso sólo para oír sus palabras, penetrar sus pensamientos y conocer el *entourage* vital en que grana su belleza. Deben conformarse con divisarla a lo lejos, siempre vestida, siempre indiferente, siempre como una imagen religiosa que anda y a la cual protege de los contactos, de los vientos fuertes, de la intemperie, un fanal de cristal puro. Ansiosamente buscan todo lo que de ella se sabe, y su nombre rueda en las conversaciones como moneda de oro que el uso apenas desgasta. Podemos poner también un ejemplo con el otro sexo. Hay hombres de cuyas miradas, de cuyas sonrisas, de cuyos gestos depende la felicidad, transitoria a veces y duradera otras, de muchas mujeres. Son triunfadores, grandes capitanes, cómicos, directores de pueblos. Las mujeres que siguen absortas sus movimientos en la escena del mundo, saben que llegar a la intimidad de un hombre así es conocer por dentro sus inten-

ciones, y aspiran — petulantes fuegos fatuos — a influir en ellas. No les es dado a todas hacerlo, ni en todo ni en parte, pero el día en que pueden estrechar su mano y oír su voz que se dirige a ellas y no a otra persona alguna, es una jornada feliz. Es verdad que se mezclan, a veces, en estos sentimientos, anhelos menos puros, marejadas de sombra, eróticos afanes, pero eso — vuelvo a decirlo — es lo propio de la relación parasitaria. No es amor platónico porque gustoso dejaría de serlo.

El hombre y la mujer están separados como por un telón que les aísla celosamente; cuando el telón cae, nace la intimidad. Llega a pensarse a veces que sería conveniente que el hombre en busca de una mujer llevase en un sitio visible una señal que le identificara, porque es evidente que a su lado cruzan muchas mujeres anhelosas de entregarse, o por lo menos de entregar algo de lo que poseen, y puede ocurrir que ese hombre, encadenado por su respeto, por su indolencia, no sepa que se le ofrece una cita henchida de besos y deleites. Y también porque para el hombre no rigen en la selección normas tan rigurosas como las que han inventado, con obstinación lamentable, los tra-

tadistas de la vida erótica. Para el hombre todas las mujeres, no repugnantes por sus celos o por su codicia, son más o menos deseables, porque en materia de mujeres el hombre es omnívoro.



I N D I C E

	Págs.
Dedicatoria	7
§ 1.—I want a hero...—Lord Byron	9
Cuando un hombre	11
El novelista—¿por qué no?—	13
De mi niñez recuerdo	19
Reviso viejos papeles	27
Cuando yo era adolescente	33
Tenía yo pocos años	37
§ 2.—Ama, pero no al vulgo: ama a los dioses. —J. S. Chocano	45
De creer a nuestros contemporáneos . . .	47
§ 3.—¿Filósofo, sir? — Observador de la na- turaleza humana, sir.—Charles Dickens.	65
Los psicoanalistas enriquecieron	67
He vivido poco	73
Los astrónomos deben	75
Hacia mediodía cesó	79
Existe en la vida del espíritu	85

OBRAS DEL AUTOR

Rubén Darío y Chile. Anotaciones bibliográficas. 1930.

Paradoja sobre las clases sociales en la literatura. 1930.

Páginas olvidadas de Vicuña Mackenna. Selección de Ricardo Donoso y Raúl Silva Castro. 1931.

Retratos Literarios. Editorial Ercilla. 1932.

Nuestro problema bibliotecario. Ensayo. 1932.

Los progresos del plan quinquenal, por H. R. Knickerbocker. Traducción. Editorial Ercilla. 1933.

Curso de Historia de la Literatura Chilena. Instituto Pedagógico. 1933.

Don Alberto Edwards, Biografía y Bibliografía. 1933.

Estado actual de los métodos de la Historia Literaria. Traducción. Edición de la Universidad de Chile. 1933.

Fuentes Bibliográficas para el estudio de la Literatura Chilena. Edición de la Universidad de Chile. 1933.

El hombre y la máquina, por Nicolás Berdiaeff. Traducción. Editorial Ercilla. 1933.

Alemania vista por dentro, por André Germain. Traducción. Editorial Ercilla. 1933.

Carlos Marx, por Otto Rühle. Traducción. Editorial Ercilla. 1934.

Obras desconocidas de Rubén Darío. Edición de la Universidad de Chile. 1934.

Blest Gana y su novela "Durante la Reconquista". 1934.

Cuentistas chilenos del siglo XIX. Edición de la Universidad de Chile. 1934.

Diario de Lecturas. Primera serie. Editorial Ercilla. 1934.

Rubén Darío y su creación poética. Edición de la Universidad de Chile. 1935.

R. S. C. 1935.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL